



LA RENTERIA ROMANTICA

Por V. COBREROS URANGA

Existe una como laguna desde que el inclito «errikoxeme», don Juan Ignacio Gamón, termina de escribir su apasionada «Historia de Rentería», hasta la primera guerra carlista. Apasionada—decimos—porque creemos que así se debe escribir la historia: defendiendo el «txoko»

entrañable de las dentelladas de sus vecinos. Arrestos del buen beneficiado de nuestra parroquia, para, viejo y casi ciego, terminar los últimos capítulos de su obra dictándoselos a un mozo amanuense, en un escondite asturiano, huido de la furia napoleónica, que asolaba a España.

Lo que sabemos de Rentería hasta entonces es puramente literario. Una literatura leguleya, las más de las veces, referente a pleitos y más pleitos, entre pueblos colindantes, por la que se entresaca el modo de vivir y de pensar de nuestros «erribatecos» de aquellas calendas.

La primera guerra carlista coincide—¡cómo no!—con la eclosión explosiva del romanticismo. Es cuando acuden a España gentes de allende—«y más allá»—los Pirineos, movidos por el virus romántico. El pretexto es



la guerra; la verdad, la aventura romántica. Entre otros, nos quedan como recuerdo, en San Sebastián, el Cementerio de los Ingleses; en los plúteos de nuestras bibliotecas, unos cuantos libros, en los que sus autores tratan de descubrir una España insólita; y en las paredes de nuestras casas, unas encantadoras litografías.

Esta visión plástica—la que entra por los ojos—de los rincones de nuestra tierra, es lo nuevo. Y lo que fue un día novedad es hoy motivo de añoranzas.

Quizá quien más influyera en el aspecto romántico, entre los artistas de su época y posteriores, fuera el inglés David Roberts. Dice de él un crítico—y conviene tener presentes estas palabras, para comprender aquel momento y, por ende, aquel arte—que «su paisaje es efectista, luminoso, de ruinas, castillos, catedrales y ciudades pintorescas; toma sus notas dibujando del natural, con no exacta exactitud y, luego, pincel en mano, mancha, magnífica, deforma y fantasea». Si no fuera así—pensamos—no tendría su obra ni la de sus epígonos, esa tilde enfática del romanticismo, que tanto nos atrae hoy.

Obras de artistas contemporáneos de David Roberts son las dos litografías, impresas por Wilkinson, en Londres, que reproducimos del Museo de San Telmo, de San Sebastián, que atañen a nuestro «txoko».

La titulada «Rentería», vista al pie de Alaberga, es como contempló, «soñando», nuestra villa su autor. Una Rentería con más de telón de fondo para una ópera que de realidad, en la que, sin embargo, nos gustaría vivir. La otra, que lleva por pie «Alza, Rentería and Lesso», tiene más intríngulis, porque Wilkinson «mueve» la

iglesia de nuestra villa, para que podamos verla a la vera de Capuchinos. Está tomada la vista desde Herrera.

A este respecto, siendo yo niño, le oí contar más de una vez a don Paco Arrache—¿se acuerda algún renteriano de la tienda de lienzos Arrache, del comienzo de la calle Carretera, hoy de Viteri?—, señor ya mayor entonces, un tanto aventurero de joven en tierras mejicanas y que presenció el fusilamiento del emperador Maximiliano, en Querétaro, que en su infancia, para ir a San Sebastián, los renterianos se embarcaban en bote, cerca del puente de Lezo (frente al actual Panier Fleuri), recorrían el pequeño «fiord» del Oarso; doblaban Capuchinos, cruzaban la bahía pasaitarra y se adelantaban por la ensenada de Herrera, hasta unas escaleritas (por donde está ahora el túnel del Topo) por las que accedían al pino camino que llegaba al alto de Miracruz, continuando por él, hacia abajo y Ategorrieta adelante, hasta las dunas del Chofre y parte de los arenales de la Zurriola, y alcanzar así el puente de madera de Santa Catalina. No existía la carretera que ahora conocemos. Justamente, el camino por el que, en la litografía, atraviesa el pelotón de tropa, es el que iba de las escalerillas citadas hasta Miracruz.

Después de estas litografías inglesas vendrán otras muchas, en las que empiezan a verse chimeneas de fábricas, de la que luego habría de llamarla un conspicuo renteriano, «la pequeña Manchester». Y, por último, las primeras fotografías, con su prosaico detallismo documental, antítesis de las románticas litografías. Pero esto—acabamos de decirlo—es prosa; prosa que quizás nos haga pensar, pero no soñar.